

## **À la ville de... / To the city of...**

*Cada cuatro años, el presidente del Comité Olímpico Internacional aparece ante los medios de comunicación y ante los miembros de su propio organismo para anunciar qué ciudad organizará los Juegos de la siguiente Olimpiada de verano o de invierno, según toque. Cuando pronuncia las palabras “À la ville de...”, en francés, o “To the city of...”, en inglés, la respiración de todo el mundo, sobre todo, la de los habitantes de las ciudades candidatas, se detiene por unos momentos.*

editorial MILITARY

## **P**arís, 23 de julio de 2021, 20.00 horas

Decir que llovía era faltar a la verdad. O, por lo menos, no explicarla del todo bien. Diluviaba. Un temporal de verano descargaba con toda su fuerza encima de la Ciudad de la Luz, que había recorrido antes de tiempo a la artificialidad de las farolas para evitar la oscuridad absoluta. En una hora en la que la gran mayoría de sus habitantes ya se había liberado del trabajo de toda la semana, en un viernes cercano a las deseadas vacaciones, las principales arterias de la capital francesa iban llenas de vehículos que intentaban regresar a casa para iniciar el fin de semana o que abandonaban la metrópolis en busca de la costa o del interior del país. No era el caso del comandante Hervé Defarge, escondido dentro de un coche que se dirigía a toda velocidad hacia la otra orilla del Sena y que conducía su inseparable mano derecha, el subcomandante Gilles Besson. Hasta que se quedó atrapado en uno de los atascos que caracterizan París.

—Lo siento, señor, se ha taponado todo justo antes de llegar a la altura de la Gare de Lyon. Parece que hay un accidente.

Besson conectó inmediatamente la radio de la policía, que se lo confirmó. Una furgoneta y un turismo habían colisionado justo en la entrada del puente de Bercy y no se permitía el paso de vehículos en dirección sur. Defarge, a su lado, exhibía un gesto que parecía de tranquilidad, pero que su subordinado conocía bien. Estaba furioso por dentro.

—Seguramente, si no hubiéramos dado esta vuelta ya hubiéramos llegado —soltó en voz baja, pero con una contención que asustaba—. ¿Opina que este era el camino más recto, Besson?

—No, señor, no lo era —respondió intentando mantener la serenidad—, pero habitualmente es la ruta con menos tráfico, sobre todo un viernes por la tarde.

—Sí, ya lo veo —respondió su jefe, lacónicamente.

Defarge y Besson llevaban años trabajando juntos y se tenían total confianza, pese a las discusiones que podían aparecer en el día a día. El respeto era mutuo y, por eso, evitaban broncas entre ellos, ni que fueran en privado. Sus respectivas carreras habían dado un salto adelante desde aquel caso del abril de 2016, cuando capitanearon las fuerzas de seguridad francesas antes de la Eurocopa de Francia. El éxito no fue absoluto, ya que los principales responsables del grupo terrorista huyeron, pero su gestión del caso, junto con la Interpol, fue ampliamente reconocida y condecorada. Desde ese momento, fueron subiendo peldaños. Defarge ya era el máximo responsable de la Policía Nacional y Besson, su lugarteniente. Ni los cambios de poder en el Eliseo habían afectado a su hoja de servicios. Ahora se dirigían a recuperar el pulso de una historia que se había quedado a medias, cuatro años antes.

—Tendrá que salir e intentar que le dejen pasar.

—Será complicado, no se puede ir ni hacia adelante ni hacia atrás. Pero lo intentaré.

Besson abandonó el coche e inmediatamente notó el impacto encima de su cabeza. Era como si le hubieran tirado un cubo de agua y habría jurado que también caía granizo. Corrió notando como se inundaba totalmente el interior de sus botas y tardó un par de minutos en acceder al lugar donde estaba el gendarme que comandaba la operación de limpieza de la zona. Este, al verle, casi se cuadró.

—Señor, ya ve como estamos, desbordados por el tráfico, el accidente y la lluvia.

—Ya me doy cuenta...

—Rousel, Benoît Rousel —respondió el agente, adivinando que quería conocer su nombre para dirigírsele.

—De acuerdo, Rousel. Veo que hay bastante follón, pero a unos doscientos metros de aquí tengo atascado un coche con el comandante de la Policía Nacional en su interior. Tenemos que llegar al hospital inmediatamente para un tema de importancia máxima. Ya sé que es complicado, pero nos tendrías que abrir el camino para poder pasar hacia allí.

—No depende demasiado de mí, señor. La grúa está delante de la entrada del puente retirando los vehículos. Hasta que no se aparte, nadie podrá circular.

Besson, totalmente empapado, no estaba dispuesto a regresar con una negativa.

—¿Qué solución hay?

—Pueden dar media vuelta, girar hacia la *rue* de Bercy y dirigirse a la *rue* Villiot para torcer hacia el puente de Charles de Gaulle, siguiendo la orilla del río. Mis hombres les pueden abrir paso en aquella dirección. Ellos irán por la parte de abajo y si ustedes dan la vuelta no tendrán problemas.

—¿Seguro?

—Pondría la mano en el fuego por ello.

—Con la que está cayendo, seguro que no se quema. Lo haremos así. Gracias, Rousel.

Besson regresó corriendo hacia donde había dejado a su jefe. Parecía que llovía menos, pero aún descargaba con fuerza. Después de un rato de carrera continua, llegó al vehículo y entró, dejando encima del asiento y en el suelo unos considerables charcos.

—¿Pasaremos? —preguntó Defarge, sin tan siquiera interesarse por si su compañero había soportado bien el temporal.

—Pasaremos, pero no por aquí, señor.

Sin avisar, Besson subió el coche a la acera y la recorrió en dirección contraria, esperando que a ningún peatón se

le ocurriera sacar a pasear, y a remojar, al perro. Hizo caso a Rousel. Giró hacia la izquierda por la *rue* de Bercy y la de Villiot. Al final de todo, vio a la patrulla de gendarmes, Pudo torcer a la derecha y situarse en el carril de más a la izquierda de los tres que había, que ahora estaba libre. Los conductores de los coches de los otros dos lo miraban con expresión de asqueo, ya que estaban atascados. Siguió recto hacia la plaza Tournaire y, entonces, en lugar de volver atrás, Besson decidió continuar hacia el puente de Austerlitz, en dirección sur.

—¿No me ha dicho que el gendarme la había recomendado cruzar el río por el puente de Charles de Gaulle? —preguntó Defarge.

—Sí, pero por aquí iremos más rápido.

El comandante dirigió la mirada hacia arriba, maldiciendo las licencias que a menudo se tomaba su subordinado, pese que en más de una ocasión habían resultado fundamentales para la resolución de algún caso.

Contra todo pronóstico, Besson acertó, y pocos metros después ambos pudieron observar a la izquierda, y de manera más clara, porque la cortina de agua ya había menguado, el rótulo del lugar al que se dirigían: Hospital Universitario la Pitié-Salpêtrière.

El doctor Frédéric Rousillon era un hombre bajo, robusto, de unos cincuenta años, y con aspecto de estar padeciendo todo el rato. Les había recibido en la entrada del centro médico para acompañarles a través de aquel laberinto de pasillos y de despachos hasta la zona en que se encontraba su objetivo. Sabían que no escaparía, pero Defarge quería llegar cuanto antes mejor. Ya se habían entretenido demasiado por culpa del tráfico parisino.

—¿En serio que no quiere que le consigamos ropa limpia y seca? Los resfriados de verano son muy traidores y puede pillar una pulmonía, mojado como está.

Besson se detuvo y forzó a que los otros también lo hicieran.

—Doctor, ¿de qué es médico, usted?

—Neurólogo, agente, ya se lo he dicho cuando me he presentado.

—Subcomandante, no agente. Entonces, dedíquese a la neurología y no a prevenir resfriados.

Defarge rompió su silencio con calma mientras reemprendía el camino.

—Besson, el doctor lo decía por su bien, tampoco hay que ser desagradable.

—No, señor —respondió el otro, soltando el primero de los múltiples estornudos que expulsaría durante los siguientes días.

Llegaron a la habitación al cabo de un buen rato. Tras pasar por los controles de seguridad pertinentes, a los que estaban obligados a pesar de haber acreditado ser miembros de la Policía Nacional, los dos agentes entraron. Al fondo, sobre una cama, rodeado de mil y una máquinas que emitían la misma cantidad de sonidos, languidecía un hombre delgado, muy delgado. Sus facciones habían cambiado desde la última vez en que había puesto los pies en el suelo, en Moscú, tres años atrás. El exagente de la Interpol Pierre Gaul tenía la mirada perdida hacia la pared, con unos ojos que se acostumbraban nuevamente a la penumbra de la estancia muchos meses después de haber estado abiertos por última vez. La entrada de los dos policías le hizo volver la cabeza. Pareció decepcionado. No era lo que esperaba.

—El señor Gaul se ha despertado de manera inesperada esta tarde. No nos lo creíamos —apuntó desde detrás el orondo doctor—. Desde hacía días estábamos valorando la posibilidad de desconectarlo, ya que no respondía a ningún estímulo. Era una decisión que teníamos que tomar durante las próximas semanas en una reunión del comité destinado a estos asuntos, ya que ningún familiar se ha hecho responsable de él durante este tiempo.

Gaul escuchaba las explicaciones del médico con una expresión que no permitía saber si era consciente de lo que le decía.

—¿Lo puede entender todo y hablar con nosotros?  
—preguntó Defarge.

—Parece que sí, aunque de momento no ha abierto mucho la boca. Deben entender que todavía le estamos haciendo pruebas para saber qué capacidades tiene en este momento.

—¿Podemos hacerle unas preguntas?

Rousillon hizo un gesto de asentimiento muy leve.

—Pueden, pero no le cansen demasiado. Podría tener una crisis. Piensen en el protocolo sobre el que les he avisado y en que no soy muy favorable a que le generen mucho estrés.

Defarge y Besson se acercaron a la cama. Observaron a aquel hombre que apenas pesaba cuarenta kilos. La masa muscular le había abandonado por culpa de la postración durante casi cuarenta meses en el hospital de Moscú, primero, y en el parisino, después. La unidad de neurología había utilizado su caso para estudiarlo en profundidad. Una de las balas le había quedado incrustada en una zona del cráneo de difícil acceso y habían tardado semanas en poderse la sacar. El coma al que le habían inducido se había mantenido desde entonces. Ahora, sin que los doctores hubieran hecho nada extraordinario, se había despertado.

—Pierre Gaul, soy el comandante Hervé Defarge, de la Policía Nacional francesa, y este es mi ayudante, el subcomandante Besson. ¿Me puede entender?

Ninguna respuesta.

—Se encuentra en París y acaba de despertar después de tres años en coma. No sé si recuerda algo del día en que quedó en esta situación. ¿Sabe, por lo menos, quién es?

Entonces, cuando nadie lo esperaba, Gaul movió con rapidez la mano derecha, a la que estaban conectadas tres vías, de debajo de las sábanas. Besson reaccionó desenfun-

dando el arma y sintiéndose a continuación bastante bobo. Era evidente que aquel hombre no empuñaba ninguna pistola con la que atentar contra Defarge, pero el movimiento le había alertado. El exagente de la Interpol agarró por la muñeca al comandante de la Policía Nacional y con un hilo de voz se dirigió a él.

—¿En qué año estamos?

Con dificultad para entenderle, Defarge le respondió.

—Estamos en 2021, 23 de julio, para ser más exactos.

Gaul no dijo nada y giró la cabeza.

—Sí, justamente hoy han comenzado los Juegos Olímpicos en Tokio. Recordaremos muy bien qué hacíamos ese día —apuntó el doctor Rousillon.

Gaul pareció que pensaba con dificultad antes de responder y, a continuación, abrió los ojos al máximo.

—¿Los Juegos de Tokio? —preguntó con esfuerzo—. ¿No eran en 2020?

—Sí, lo deberían haber sido —respondió Defarge—, pero los aplazaron un año. Mientras usted dormía, este hospital y muchos otros centros de todo el mundo tuvieron que luchar contra una terrible pandemia. Los grandes acontecimientos del año pasado fueron cancelados o aplazados y los Juegos fueron pospuestos hasta el 2021.

El propio comandante no sabía si Gaul habría podido asumir tanta información. Pero pronto salió de dudas.

—¿Así, hoy es viernes?

Los dos policías y los doctores que les acompañaban se quedaron petrificados.

—Sí, es viernes —contestó Defarge—. ¿Cómo lo sabe?

Entonces, con rictus de preocupación, Gaul formuló su petición.

—Tengo que hablar con el agente de la Interpol George Mitchell. Y rápido, si no, puede ser demasiado tarde.



editorial Milenio

© del texto: Jordi Agut Parres, 2022

© de esta edición: Milenio Publicaciones, SL, 2022

Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida

[www.edmilenio.com](http://www.edmilenio.com)

[editorial@edmilenio.com](mailto:editorial@edmilenio.com)

Primera edición: junio de 2022

ISBN: 978-84-9743-966-4

DL: L 302-2022

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL

[www.bobala.cat](http://www.bobala.cat)

*Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <[www.cedro.org](http://www.cedro.org)>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.